

# LOS PROYECTOS Y LAS REALIDADES

## *América Latina en el siglo XX*

EDUARDO CAVIERES F.

EDITOR

DAVID H. BRADING-EDUARDO CAVIERES

BERNARDO SUBERCASEAUX

MAXIMILIANO SALINAS

EDUARDO ARAYA

MARIA ELISA FERNÁNDEZ

DANIEL HELLINGER

ISABEL TORRES D.

EDUARDO DEVÉS

GABRIEL SALAZAR

RODRIGO ARAYA

RODRIGO NAVIA



VICE RECTORÍA  
DE INVESTIGACIÓN Y  
ESTUDIOS AVANZADOS



EDICIONES  
UNIVERSITARIAS  
DE VALPARAÍSO

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© Eduardo Cavieres Figueroa, Editor. 2004  
Registro de Propiedad Intelectual Núm. xxxxxx

ISBN 956-17-0360-2

Tirada de xxxx ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187 - Casilla 1415  
Valparaíso - Chile  
Fono (56-32) 273087 / Fax (56-32) 273429  
euvs@ucv.cl / www.euv.cl

Diseño Gráfico: Guido Olivares S.  
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.  
Diagramación: Gonzalo Hormazábal R.  
Coordinador de la Edición: Mauricio Molina A., Álvaro Soffia S.  
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Registro Conferencias: Alejandra Guerra A.  
Fotografía Documentos: Fernando Vergara B., Álvaro Soffia S.

Impresión: Impresos Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

## ÍNDICE

Presentación de Eduardo Cavieres ..... Pág. 7

### I. LAS CONSTRUCCIONES SOCIALES

DAVID H. BRADING - EDUARDO CAVIERES

Las corrientes profundas de la Historia. México y América Latina  
en la larga transición ..... 11

BERNARDO SUBERCASEAUX

Raza y nación: Representaciones e imaginarios ..... 53

MAXIMILIANO SALINAS

Religión popular y cultura popular en América Latina en el  
siglo XX ..... 87

### II. LAS CONSTRUCCIONES HISTORIOGRÁFICAS

EDUARDO ARAYA

El populismo en América Latina. Entre la ambigüedad  
conceptual y la realidad histórica ..... 111

MARÍA ELISA FERNÁNDEZ

Cultura de masas y populismo en América Latina en el siglo XX ..... 133

### III. LAS EXPERIENCIAS HISTÓRICAS

DANIEL HELLINGER

Venezuela en el siglo XX: La formación de la sociedad civil ..... 159

ISABEL TORRES

Sociedad y democracia en Bolivia, 1920 – 1960 ..... 183

### IV. LAS MANIFESTACIONES SOCIALES

EDUARDO DEVÉS

Temas del pensamiento político y social  
latinoamericano, 1940 – 1980 ..... 207

GABRIEL SALAZAR

Cultura de masa y cultura popular en Chile, 1950 – 2000.  
Del fordismo al neoliberalismo ..... 239

RODRIGO ARAYA

Los medios: Estado y mercado en la construcción del espacio  
de lo público. Ciudadanía y cultura popular en perspectivas  
históricas y sociales ..... 263

### V. LA ECONOMÍA

RODRIGO NAVIA

1930 – 1970. Entre la sustitución de importaciones y el  
neoliberalismo ..... 295

## PRESENTACIÓN

Este libro corresponde al segundo volumen del Seminario Interdisciplinario sobre estudios de Chile y América Latina correspondiente a un Proyecto aprobado y financiado por la Dirección General de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso para los años 2002 y 2003. En este Proyecto han participado académicos de los Institutos de Historia, Lengua y Literatura, Ciencias Religiosas, y Escuelas de Ingeniería Comercial y Periodismo de la misma Universidad y académicos de otras universidades del país y del extranjero. El primer volumen, *Entre Discursos y Prácticas. América Latina en el siglo XIX* (Ediciones Universitarias de Valparaíso), fue editado en el curso del año académico 2003.

Durante el segundo año de funcionamiento del Seminario, del cual da cuenta este libro, para mantener el objetivo de privilegiar la interrelación entre sus participantes a través de la discusión y reflexión intelectual, basada en el reconocimiento de las diferencias en el quehacer de la investigación y de la construcción del conocimiento, se siguió la directriz asumida anteriormente en términos de que los expositores realizaran presentaciones libres, sin trabajos previamente redactados, asegurando la fluidez del pensamiento y el nivel del diálogo. Esta publicación corresponde a la transcripción de las grabaciones de las sesiones del Seminario, que han sido revisadas solamente desde el punto de vista del estilo y de la limpieza de las palabras y modos que se repiten en la exposición oral de los temas.

En esta ocasión, se quiso avanzar trabajando preferentemente el siglo XX, desde la Historia de Chile y en la Historia de América Latina, fundamentalmente en perspectiva social y cultural, en el estudio y conocimiento de algunos problemas relacionados con experiencias históricas que apuntaron inicialmen-

te a la formación de la sociedad civil y a la superación de frenos inhibidores de un progreso social más decidido, pero que, en definitiva, resultaron en la mayoría de las veces como procesos frustrados o abortados. De allí el título general de *Los proyectos y las realidades*.

En la edición del libro, los trabajos se han agrupado sólo por razones de dar un orden, en cinco grandes temas. El primero, *las construcciones sociales*, cuenta con los trabajos de David H. Brading – Eduardo Cavieres, Bernardo Subercaseaux y Maximiliano Salinas. Estos trabajos se refieren, respectivamente, a una visión de largo tiempo de los procesos de conformación de la sociedad mexicana respecto a sus identidades e imaginarios; a las representaciones surgidas a partir de los conceptos de raza y nación y a las relaciones sociales existentes entre religión y cultura popular. El segundo tema, el de *las construcciones historiográficas*, presenta los trabajos de Eduardo Araya y de María Elisa Fernández acerca de las consideraciones conceptuales y de las revisiones realizadas por historiadores y científicos sociales sobre el tema del populismo y el neopopulismo. El tercer tema, abordado por Daniel Hellinger e Isabel Torres, el de *las experiencias históricas*, analiza los casos de Venezuela y Bolivia a través de sus instituciones y líderes políticos sin dejar de observar el desarrollo de organizaciones sociales de base. El cuarto tema, el de *las manifestaciones sociales*, corresponde a Eduardo Devés, Gabriel Salazar y Rodrigo Araya, quienes observan, respectivamente, las redes intelectuales del pensamiento político y social, las corrientes profundas existentes por detrás de las manifestaciones del fordismo y del neoliberalismo y el papel de los medios con respecto a la construcción del espacio de lo público. Finalmente, para observar *la economía*, Rodrigo Navia, considerando básicamente la experiencia chilena, realiza una relación causal del proceso que supera la política de sustitución de importaciones e impone los conceptos y realidades del neoliberalismo actual.

Alejandra Guerra A. (Magíster en Historia, PUCV) realizó el lento y cuidadoso trabajo de transcripción de las exposiciones; Mauricio Molina y Álvaro Soffia colaboraron en la edición de los textos. Los miembros del Seminario agradecen a Guido Olivares y a Ediciones Universitarias de Valparaíso por las preocupaciones editoriales y, muy especialmente, a don Manuel Cuevas, Director de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, por su permanente y decidido apoyo al trabajo académico.

EDUARDO CAVIERES, ED.

Valparaíso, primavera de 2004



# LAS CONSTRUCCIONES SOCIALES





## LAS CORRIENTES PROFUNDAS DE LA HISTORIA. MÉXICO Y AMÉRICA LATINA EN LA LARGA TRANSICIÓN <sup>1</sup>

DAVID H. BRADING Y  
EDUARDO CAVIERES

*Eduardo Cavieres.* A pesar que vamos a hablar fundamentalmente sobre México y sobre la transición, en este caso de la gran transición entre el siglo XIX y el siglo XX, quisiera comenzar la conversación pensando precisamente en las grandes miradas hacia las transiciones largas en las cuales podemos observar en profundidad tantas experiencias en la Historia. Una, anterior a la que nos preocupa, la primera quizás en términos de las conformaciones más actuales de nuestra América Latina, la de 1760 a 1860, es siempre importante considerarla porque allí no solamente encontramos las reformas borbónicas y después de ellas todo lo que sucedió con los movimientos de emancipación, sino además porque al interior de esas situaciones se estaba produciendo un pensamiento ilustrado tanto desde las perspectivas de la ilustración católica como también desde la ilustración clásica

---

<sup>1</sup> El siguiente texto es la transcripción, sin introducir alteraciones o modificaciones a los contenidos centrales, de la grabación de una conversación sostenida en mayo de 2004 con el Prof. David H. Brading en su casa en Cambridge. Dicha conversación con quien fuera Director del *Centre of Latin American Studies* de la Universidad de Cambridge no tuvo cuestionarios ni presentaciones previas y se efectuó de una sola vez, en forma absolutamente improvisada. Tiene el carácter de la naturalidad, de la reflexión libre, del pensar en voz alta, desgraciadamente, esta edición no puede exteriorizar. Aunque no se advierta, debo insistir en la tranquilidad intelectual y en la actitud modesta en su sabiduría, de un gran maestro de tantos historiadores y, con mucho orgullo, de un gran amigo, como lo es el Prof. Brading.

que toma sus referentes en Francia e Inglaterra y que, desde muchos aspectos, desde las ideas, desde la política, desde el pensamiento sobre la sociedad, va configurando lo que va a ser posteriormente el liberalismo de la segunda mitad el siglo XIX, liberalismo que de todas maneras lo podemos apreciar ya funcionando bastante bien en el caso de Chile, con una experiencia bastante exitosa por lo menos hasta 1890 cuando se produce la Guerra Civil; también en el caso de Argentina, fundamentalmente después de 1860 cuando comienzan las grandes inversiones británicas; e igualmente en el caso de aquellos países surgidos por cierto de una misma raíz hispana, pero que muestran especiales aperturas hacia otras corrientes de la modernidad de la época.

Obviamente, en esta última situación se encuentra el caso de México y la visualización que hacemos de éste a través del porfiriato. No obstante, hay tantas formas de observar la Historia y por ello no es de extrañar las tan diversas valoraciones respecto a ese régimen. De todas maneras me ha sorprendido el leer, ya años atrás, a Octavio Paz observando el porfiriato no desde el punto de vista del progreso, como aparece generalmente en la historiografía, como un período de gran modernización, con una *intelligentzia* muy fuerte, muy fructífera, e incluso, como también lo señalan muchos historiadores, con el surgimiento de un empresariado de carácter bastante positivo y moderno en su acción, sino en desarrollos negativos. Octavio Paz nos dice que en realidad, en vez de mirar hacia adelante, lo que hizo específicamente don Porfirio fue el dejar la Historia volcada hacia atrás: no hubo tal empresariado, no hubo tal *intelligentzia*, sino más bien, lo que hubo fue una contracción del progreso que se había venido produciendo. Pero, de todas maneras, aparece esa modernización como una modernización muy, muy importante. Entonces, aquí quisiera detenerme para que nos señalaras de qué manera ves tú esa modernización mexicana del siglo XIX, ya que a partir de esa experiencia, hay muchos aspectos y problemas que se pueden generalizar para el caso de América Latina.

*David Brading:* Primero, hay que ver que Octavio Paz fue un intelectual literario. Para nada fue economista y por ello fue concentrando sus reflexiones sobre la formación de una conciencia nacional, de una cultura y no tanto en la formación de una economía. Así, entonces, en la construc-

ción de sus ideas, por ejemplo, también fue descartando los logros alcanzados durante la segunda mitad del siglo XVIII cuando México vivió un período de esplendor por el auge en las exportaciones de plata, con la formación de toda una clase de millonarios, acrecentamiento del comercio, transformaciones en la vida material, etc. De ninguna manera él tuvo mucho interés en estos ciclos económicos. Segundo, de otro lado, Paz fue heredero del pensamiento de su padre, un abogado zapatista, y desde niño y durante su juventud fue llevado por éste a las tierras de Morelos para conversar con los campesinos y las gentes. Así, siempre guardó una gran fidelidad a las visiones paternas y, de alguna manera, todo ello fue confluyendo en que, para él, la Revolución mexicana se presentara siempre como el gran momento en la Historia de México, el momento en que se expresan los términos de su comunión y que a él le permiten mantenerse fiel a la glorificación del evento. Podríamos decir que no deja de observar la Revolución como un movimiento popular de los campesinos y de otras capas populares. En definitiva, hay que ver que Octavio Paz no era un historiador, él se acercaba al pasado, pero tenía interés en crearlo de otro modo, interpretar ese pasado por medio de su propia visión de la cultura nacional.

Por supuesto, la Historia nos enseña muchas otras cosas y nos muestra otras diversas facetas. Por ejemplo, uno de los grandes logros del siglo XIX mexicano fue precisamente la creación de un Estado. En los primeros años de vida independiente, durante las primeras décadas del siglo XIX, México fue gobernado fundamentalmente por el ejército, en combinación con intelectuales políticos. No obstante, ese ejército era el ex ejército realista, dentro del cual los generales estaban en una continua disputa por la presidencia y actuaban como una especie de guardia pretoriana. Por sus permanentes fracasos, llevan a la sociedad, desde 1847 hasta 1867, a quedar enfrentados a los Estados Unidos. México sufre una invasión, pérdida de territorios del norte del Río Grande, después Guerra Civil y Revolución social, se margina a la Iglesia del escenario público y se va expropiando todo sus caudales. La Guerra Civil de 1858-1860 fue terrible y su desenlace fue nada menos que la intervención francesa y la creación del imperio de Maximiliano, o sea, veinte años de Guerra y de destrucción de la vida, pero tiempo dentro del cual se nota lentamente al interior de las filas liberales la emergencia de una fuerza de resistencia contra los conservadores,

resistencia contra los franceses, y la creación, finalmente, por medio del liderazgo de Juárez y de su gabinete, de una institucionalidad que ya en los años sesenta encuentra un Estado que denota un grado de organización, un Estado compuesto, primero, de un centro de autoridad, o sea, un Presidente y gabinete con una burocracia pequeña, pero también confederado con los grandes gobernadores de los Estados, los caciques, y mantenido además por un ejército profesional que ya es leal al Presidente. Este fue el gran logro de Juárez.

Obviamente, ese Estado era autoritario y personalista y provocó el rechazo de muchos de los intelectuales liberales que venían luchando por lo que pensaban como una democracia y por un Gobierno Federal y representativo. Efectivamente, lo que se había logrado era un Estado autoritario, mantenido en cierto modo por el caciquismo, pero no hay que soslayar el hecho de que ese carácter permite a ese Estado establecer una autoridad que por primera vez posibilita en México un estado de paz interna y da seguridad y defensa en las fronteras, no en términos militares, pero sí por el hecho de que al mantener la paz dentro del territorio nacional las autoridades pueden enfrentar a los Estados Unidos, creando las condiciones para el ingreso de capitales norteamericanos y no para expediciones militares. Sin esas condiciones internas, es muy probable que los norteamericanos se habrían apropiado de los Estados del norte del territorio. Por cierto, no se puede negar que ya en los años 1850, el presidente Buchanan había estado abogando por la observación del territorio mexicano esperando expropiar o comprar los Estados de Chihuahua, Sonora y Coahuila, en general todo estos Estados fronterizos, que realmente conforman el territorio más grande de México, con mucha riqueza mineral. Así, todo este momento es clave, pero siempre por razón de la propaganda revolucionaria se comienza a insistir en el contraste entre Juárez y Díaz, entre el gran héroe demócrata Juárez y el gran tirano Díaz. Realmente, Porfirio Díaz fue el discípulo de Juárez, que mantiene el sistema creado por aquél, pero que pone más trabas al ejercicio de la opinión pública. Todo esto es cierto, pero no se puede negar que es allí en donde empieza la recreación de las instituciones; por ejemplo, es durante el tiempo de Juárez que se plantea la educación positivista en la Escuela Nacional y antes de ello, ya por razón de Lucas Alaman se había creado el Ministerio de Fomento y se conformó una cierta buro-

cracia con un nivel de formación científica capaz de ayudar al Estado, que venía del viejo Colegio de Minería, ahora ya transferido al Instituto Nacional de Ingeniería. También la Academia de San Carlos estaba ya reorganizada. O sea, es a partir del regreso de Juárez a Ciudad de México en 1867, siguiendo hasta los setenta, cuando llega Don Porfirio, en que hay un crecimiento económico e institucional lento, pero que ya da pasos hacia los ochenta cuando se observa la llegada del capital americano y también algo de británico y francés. Igualmente están las primeras obras de ferrocarriles, pasos iniciales para lograr un verdadero mercado nacional. Don Porfirio gobierna, pero por razón de mantenerse en el poder, va distanciándose y acrecentando sus críticas a Juárez, mientras que, a la vez, la gente no se atreve a criticarle. Aunque Juárez sí fue dejando hablar a la gente, ya Porfirio no les dejaba hablar en público en contra de su autoridad. Al mismo tiempo, organiza el sistema de ferrocarriles y también de telégrafos para las comunicaciones. Abre el territorio para la economía de exportación. Ese es el momento de transformación, allí cambia todo, es el momento en que en cierto modo había ya un desarrollo continuo de la economía norteamericana y uno de los factores de ese desarrollo fue precisamente la explotación de las tierras de estos Estados fronterizos, con una inmigración que venía dándose desde la propia conquista, con un constante movimiento de la población hacia el norte, con lentos desarrollos que durante la Colonia permite llegar a Zacatecas, Guanajuato, San Luis de Potosí, algo de Durango, algo de Sonora, pero es solamente con el porfiriato que estos enormes Estados fronterizos se consolidan. También se baja a las costas, a Yucatán. O sea, este es el tiempo en que ya lentamente se está disponiendo de todo un territorio listo para trabajar.

Entonces, yo no subestimo la función del porfiriato, pero hay que ver que, si por razón de que el viejo siendo viejo no había querido dejar el poder, se llega a un momento de desesperación dentro de los propios grupos dirigentes. Precisamente he leído una carta de Justo Sierra, escrita en 1900, en que se trasparenta la situación. El gran intelectual, el primer Secretario de Educación en México (hay que pensar que el Ministerio, como un Ministerio separado se crea recién en 1906), había dado importantes primeros pasos como, el proyecto de recreación de la Universidad Nacional en 1910, uno de los últimos actos positivos del porfiriato, la fundación de

una Universidad Nacional que llamada Autónoma no lo era, pero sí de carácter nacional. Sierra escribe a Don Porfirio diciendo que no hay que hacer una elección porque lo que se tenía era en efecto una monarquía electiva, con un disfraz republicano; pero en otra carta se quejaba a su amigo José Ives Limantour señalando que lo que le asfixiaba, lo que le daba miedo, era estar siempre haciendo la estatua del Presidente mientras que el país buscaba la nulidad de su poder. En aquellos momentos se nota que el único principio firme que salió de la Revolución fue el de la no reelección de los Presidentes y ello se debió a que dentro de la memoria colectiva de la elite mexicana, la experiencia de Don Porfirio era demasiado fuerte.

*Eduardo Cavieres:* El tema de la educación y de la organización de sistemas nacionales es de suyo interesante, tanto por sus contenidos sociales como principalmente por los de carácter ideológico que establecen un verdadero puente entre las ideas positivistas, que observan la educación al modo roussoniano, en donde el Estado debe asumir una función fundamental en su quehacer, y las búsquedas de posibilidades más pragmáticas que permitan alcanzar un Estado de sociedad industrial, para lo cual se debe preparar a los niños que constituirán la base de la nación del mañana. Igualmente, no es posible soslayar dos hechos importantes: por una parte, que los sistemas nacionales de educación surgen más o menos en paralelo, por lo menos, en el mismo siglo, tanto en la Europa occidental como en los territorios americanos y, por otra parte, que, acogiendo el título de Hobsbawm, los nuevos Estados nacionales surgidos de la América colonial están construyendo sus tradiciones sobre las mismas bases que lo hacen las naciones europeas: ejército, glorias militares, construcción de monumentos arquitectónicos, estatuas civiles y militares, organización de espacios públicos, etc., y que una de las instituciones que permiten darle significación a todo aquello es la escuela. También lo ha señalado Braudel al pensar la identidad de la Francia por nosotros conocida: no hay que ir demasiado atrás para encontrar sus fundamentos, están en la segunda mitad del siglo XIX con la organización del sistema nacional de educación y con la aparición y rápida expansión del ferrocarril y las vías férreas.

Así, entonces, volviendo a México y por el lado de la educación, ¿no hay formación de un sistema nacional de educación en la segunda mitad

del siglo XIX, antes del Ministerio? Ello es importante por lo que acabo de señalar, porque precisamente una de las fuentes del pensamiento liberal e ilustrado tiene una especial preocupación por la formación de sistemas nacionales de Educación. Tú señalas que en México el Ministerio de Educación (o de instrucción) se crea en 1906 pero, de todas maneras, que desde antes se había venido desarrollando una educación que, lógicamente, tenía también, como uno de sus propósitos, el homogeneizar a la sociedad y a partir de ello hacer partícipes a sus miembros de una idea común de Estado, partícipes de una idea de buenos ciudadanos, etcétera. Además, está otro hecho no menos importante: el que, en general, y efectivamente, en América Latina, los Estados surgen como republicanos y ello a pesar de que tienen una influencia de Europa y que podrían haber sido igualmente Monárquicos. Pese a ello, sus gobernantes y grupos dirigentes siempre esgrimen la idea de que primero tienen que formar una ciudadanía, a las gentes, a los pueblos, dotarles de una conciencia particular para que alcancen una significación del concepto de ciudadanía, de Estado, para recién entonces avanzar hacia organizaciones sociales más democráticas. En definitiva, es por estas y otras razones que hago esta relación entre educación y ciudadanía, entre educación y sistema republicano y es por ello que me interesa saber con un poco de mayor precisión de qué educación y de qué liberalismo estamos hablando en el México de la segunda mitad del siglo XIX.

*David Brading.* Verdaderamente no hay participación popular, pero hay obviamente algunos brotes de movimientos muy locales que son populares, pero en términos nacionales muy amplios y no más, porque la educación fue muy restringida. Existe una obra crítica de la época de la Reforma que tiene un título que lo dice todo: *Ciudadanos Imaginarios*. Efectivamente, no existieron ciudadanos en el amplio sentido de la participación política, pero sí ciertas elites o clases de intelectuales que aun cuando eran muy restringidas, permitieron que de ellas surgieran abogados o periodistas que entraron a la política, que escribieron en los periódicos, que crearon un mundo político estrecho y particularmente urbano, que se dio especialmente en las capitales de provincias. En el caso de la educación, el Estado Federal sólo tenía autoridad en el distrito federal, lo que significa que es únicamente a partir de la Revolución de 1910, más bien a partir de los años

1920 que, por razón de la nueva Constitución de 1917, los Gobiernos Federales tomaron la responsabilidad de una educación nacional. Anterior a ello, toda la educación fue dejada legal y constitucionalmente en manos de los Estados, pero éstos actuaron siempre más bien como imitación de lo que sucedía en la provincia capital, es decir, cuando el Gobierno Federal lanzó definitivamente la Escuela Nacional Preparatoria, esa situación estaba precedida de experiencias locales en donde la existencia de Institutos en las capitales de los otros Estados y en algunas de las grandes ciudades existentes daban cuenta de esfuerzos sobre la materia, pero con desarrollos muy lentos para un sistema de educación primaria. De hecho, ya en los ochenta o en los noventa, el Gobierno central había tratado de crear Escuelas Normales para formar maestros de escuelas y me recuerdo que ya por los tiempos de la Revolución existían como veinte mil maestros de escuelas para una población de unos catorce millones de habitantes. Obviamente, la gran mayoría de la población no sabía ni leer ni escribir y aún en el distrito federal, si me recuerdo bien, ello alcanzaba como al cuarenta y cinco por ciento de la población. En todo caso hay que ver que esto es en Ciudad de México que por entonces no tuvo tanto desarrollo, no fue un Buenos Aires argentino ni un Sao Paulo brasileño. Para cuando llega la Revolución, Ciudad de México contabilizaba solamente alrededor de trescientos cincuenta mil personas, no era la gran metrópolis que conocemos hoy en día y por entonces estaba la conciencia de los significados de la educación, pero no los recursos para ponerla en práctica.

Es sólo a partir de la Revolución que el Estado va disponiendo de recursos para la educación y hay que recordar que el primer año en que el presupuesto nacional alcanzó a estar en balance e incluso a obtener un pequeño excedente fue el año 1893. Hasta entonces, todos los años fueron con déficit fiscales, lo cual permite entender esa frase magnífica que dice que la hacienda pública en México se concibió en el pecado original, o sea, en la bancarrota. En definitiva, es solamente a principios del siglo XX cuando se dispuso de algún dinero para invertir en obras públicas y en educación y aun cuando ya Justo Sierra escribía diciendo que en la instrucción de los jóvenes estaba el porvenir de la Nación, será sólo en los años veinte, con un intelectual de primera línea como José Vasconcelos, actuando como Ministro de Educación durante cuatro años, en que se pondrá en la agenda de la Revolución la educación como un instrumento para crear la Nación.

El porfiriato siempre habló de la patria, de la república, pero el concepto de nación aún no estaba bien invocado. De vez en cuando aparecía, pero se decía igualmente que el Partido Liberal era la nación, mentira, pero más bien con el sentido de que la nación era el Estado. Como el Partido Liberal era el Estado, entonces se podría entender perfectamente la relación con la Nación, pero yo creo que el gran cambio que produce la Revolución se da en estos sentidos. Primero, hay una destrucción del viejo Estado que por falta de renovación de sus filas ya había llegado a ser una especie de gerontocracia. Así, se cae ese Estado, se cae ese ejército, se destruyen por los levantamientos de los Estados del Norte y por los movimientos populares en el centro, pero por razón de estos levantamientos populares a través de la República comienza a surgir la nueva conciencia de que México tiene que incorporar a las masas dentro de la nación y las únicas maneras de hacerlo son obviamente mejorando la economía, pero también difundiendo la educación para crear una cultura nacional. Se produce el surgimiento de todo un grupo de ideólogos, Manuel Gamio, el gran arqueólogo que fue haciendo toda una renovación de la zona arqueológica de Teotihuacán, pero que tuvo también un programa de fomento de la industria artesanal y también de reforma agraria haciendo un estudio de fondo de todos esos espacios que permitieron formular posteriormente los proyectos de José Vasconcelos, el surgimiento de los muralistas, la creación de nuevos Institutos (por ejemplo, el Instituto Nacional de Investigación Histórica y Antropológica), todo ello con una cultura y una ideología revolucionarias que era profundamente nacionalista. De hecho, si es que efectivamente hubo una ideología que fue uniendo a las distintas facciones revolucionarias, creo que esa fue la del nacionalismo mexicano. Aun cuando hay importantes antecedentes en el siglo XIX, verdaderamente fue solamente en la Revolución cuando se da un florecimiento concreto del nacionalismo, una búsqueda de valores nacionales y una búsqueda de modos de incorporar a las masas en la nación.

*Eduardo Cavieres:* Debemos volver hacia atrás. Para analizar el siglo XIX, los historiadores siguen reflexionando sobre los reales alcances de las influencias británicas, norteamericanas y francesas sobre los nuevos Estados latinoamericanos. En términos generales, si los comerciantes y empresarios británicos impusieron sus sellos mercantiles y la modernización del

sector sobre las actividades económicas locales, especialmente a partir de su participación en el sector importador-exportador y sobre la banca y el mundo financiero, se acepta igualmente que los franceses fueron preferidos por las elites en cuanto a su mayor refinamiento material, a un estilo de vida diferente y a los alcances de sus letras e intelectualidad. Más aún, en muchos casos, se observa el afrancesamiento de esas elites, principalmente las urbanas y cómo en la segunda mitad del siglo XIX surge ya todo un imaginario relativo a las influencias ejercidas por París. No obstante lo anterior, hay aspectos más profundos y de mayor significación ocasionados por los impactos sociales. Se trata de formas del republicanismo, de sus instituciones, de la nueva burocracia, de los espacios públicos, del *Lycée*, en consecuencia, de la situación de hasta dónde recrear nuevas instituciones europeas, que superaran a las viejas estructuras españolas. Las elites querían sentirse y se sentían europeas. La cultura era europea, pero en ese contexto, y desde el Estado (¿Estado también afrancesado?), había que darle contenidos y singularidades a la Nación. En México se dio un momento que pudo ser crucial. En la fallida aventura francesa se pudo haber ensayado experiencias más republicanas, pero se optó por la recreación de una Corte ya superada en el tiempo. Así, entonces, si para la resistencia la experiencia francesa no significaba en esos momentos aportes lúcidos para la construcción del ser mexicano, para las décadas de 1860-1880, ¿quiénes eran mexicanos o quiénes se sentían efectivamente mexicanos?

*David Brading:* Para entonces, creo que todavía estaban en Guerra Civil, más específicamente en conflicto entre la sociedad corporativa que venía de la Colonia y estos liberales que querían crear un Estado, pero aunque eran jacobinos, como dice Sierra, al mismo tiempo eran federalistas, porque el Estado central estaba asociado con el ejército. Con todo, e independientemente de la experiencia francesa, creo que en las elites sí había una conciencia de ser mexicanos. Hacia abajo, no estoy muy convencido respecto a lo que se pensaba. Se dan capas sociales sobre las cuales siempre se producían quejas porque se sentía que ellas eran producto de una especie de amalgamación entre viejos criollos y mestizos. Al menos ello sucedía al nivel de clase media, de propietarios, porque las comunidades indígenas definitivamente habían quedado aparte. Realmente, ellas no estaban vistas

como parte de la nación mexicana y siempre, desde principios del siglo XIX hasta el final, hasta la Revolución, el indio, o sea, las comunidades indígenas, fueron vistas como un problema, como un obstáculo, y casi no se encuentra siquiera una palabra positiva sobre los valores indígenas. He hablado con Enrique Florescano y estamos de acuerdo, esas palabras se buscan, se buscan, pero no se encuentran. ¿Qué era un indio?, era una persona miserable, pasiva, inerte, era un obstáculo para el país. Por cierto, los liberales fueron tratando de destruir las comunidades indígenas con su legislación, porque fueron aboliendo la tenencia colectiva que antes era garantizada para esos pueblos y fueron haciendo demandas de que ya la propiedad tenía que ser individual y dividida entre todos los campesinos indígenas.

*Eduardo Cavieres:* En cambio, ya el mestizaje comenzaba a ser valorado en términos de que esa era la base social de la nación en formación. Más aún, no podemos debilitar la idea del México mestizo, pero como todas las construcciones socio-culturales, éstas tienen desarrollos y períodos de reforzamientos y debilitamientos. A pesar de los restringidos carriles por donde se desarrollaron los principales hechos de la política y la economía mexicana del siglo XIX, la base hacia la cual se ensancharon las relaciones entre la aristocracia y los sectores dirigentes fue en gran parte ese mundo mestizo, grupo ambiguo, como todos los grupos de esa naturaleza que están limitados por las restricciones del sistema vigente, pero que al mismo tiempo son funcionales a éste porque tienen además espacios, conductos, a partir de los cuales efectivamente pueden alcanzar funciones y posiciones determinadas que no necesariamente se fundamentan en un tipo de criterio definido de orden en las escalas sociales. Más aún, en los procesos de reacomodo de la aristocracia colonial, cuidadosa de mantener sus privilegios económicos y sociales propiamente tales, se produjo una apertura en lo político que permite presenciar el ascenso hasta las principales magistraturas de personas nítidamente mestizas. La singularidad de ese México mestizo es que logró levantarse con la Revolución, pero siguió siendo capaz de mirar hacia abajo y tal como se ha señalado anteriormente, el mundo indígena, tradicionalmente despreciado, fue entonces descubierto y comenzó a tener una significación en la Historia. Aun cuando no se produjeron claras

transformaciones sociales o culturales en ese sector, es claro que el México indígena pasó también a tener legitimación social y otra de las bases de sustento de la nacionalidad, pero no superó la fuerza concreta del mestizaje. Obviamente, esta lectura de la situación es una lectura bastante simplificada ya que se trata de un fenómeno social mucho más complejo y que responde, además, a cuestiones ideológicas e intelectuales que de alguna manera se observan también en los otros países andinos, pero quizás no con la fuerza del caso mexicano. En todo caso, sería importante tener un análisis más profundo acerca de estas construcciones básicamente raciales del mestizaje.

*David Brading:* Lentamente fue surgiendo la primera teoría del mestizaje que enfatiza la idea que los mestizos representan una nueva raza y que ésta va a constituir la nueva nación mexicana; que el mexicano del porvenir siempre va a ser el mestizo, es el paradigma de la nacionalidad. Esta teoría es nueva, porque si uno analiza el censo de 1792, del cuadro demográfico de la Colonia, los criollos eran el dieciocho por ciento de la población, las castas alcanzaban el veintidós por ciento, pero entre sus miembros, el doce por ciento eran mulatos y nada más que el diez por ciento estaban considerados como mestizos. El sesenta por ciento restante eran indígenas. Estas cuatro categorías representan expresiones legales de estatus y no tenemos ninguna posibilidad de decir que eran realidades puramente étnicas porque muchos criollos fueron obviamente mestizos e incluso es difícil precisar el rango de las elites indígenas, puesto que por entonces fue una definición de estatus social legalmente establecida.

Ya con la Independencia se observa la conformación de una especie de capas mestizas, e incluso mulatas, que podrían ser consideradas como clase o sectores medios para los términos de consideración de las elites. Posteriormente, en los ochenta, tenemos la descripción de un geógrafo muy famoso que decía que la población podía estar dividida en tres grupos: los españoles europeos y americanos que dominaban el país, dueños del capital y de la tierra; después, la parte mezclada, la de los trabajadores más activos y, en tercer lugar, abajo, las comunidades indígenas vistas como un poco flojas, un poco dispersas. El General Vicente Riva Palacio, que fue el editor de la gran obra *México a través de los siglos*, publicada en 1884 – 1889

en cinco tomos majestuosos sobre la Historia de México, desde los orígenes prehispánicos hasta la actualidad, en el segundo volumen, relativo a la colonia, lanza su teoría de que los mestizos eran una nueva raza. Y, ¿de dónde venía esta teoría? Venía desde el mismísimo Charles Darwin, citado desde su propia obra, desde su capítulo acerca de las razas de la humanidad, puesto que Darwin, al contrario de algunos racistas, consideraba que la humanidad es una especie (otros hablan de distintas especies), pero que hay variaciones y las razas son esas variaciones dentro de la especie, agregando que en razón de los cruzamientos se pueden producir nuevas razas, como ha ocurrido en la India, en donde los invasores arios se fueron mezclando con las tribus dravidianas creando una nueva raza. Entonces, Riva Palacio tomó estas ideas y expuso que allí, en México, se tenía una nueva raza que tuvo que luchar para sobrevivir porque fue rechazada tanto por los españoles como por las comunidades indígenas. Progresivamente se van integrando, pero igualmente creando su propia sociedad hasta lograr construir su propia conciencia de ser mexicanos.

En la realidad, esto no es nada más que una teoría, porque como muchas de las teorías es una ficción, pero tiene posibilidades de reflejar algunas realidades, ciertas aspiraciones dentro de la población y también, en cierto modo, es una teoría generosa porque va a incorporar a una capa, a un sector de la población, que ya se estimaba aproximadamente como la mitad del total de los habitantes. Entonces, esta teoría fue aceptada casi en seguida y claro, habían otras razones y de mucho peso. ¿Quién era el Presidente? Era Porfirio Díaz, mestizo. El propio Riva Palacio era el nieto del General Vicente Guerrero, el héroe de la Independencia, que prácticamente tenía facciones de mulato, y que había sido hombre sumamente rico y también un político, general y novelista bastante apreciado. Riva Palacio lanzó su teoría y ésta fue aceptada por Justo Sierra y ello facilita el hecho que ya con la Revolución surga una nueva generación de ideólogos, Andrés Molina Enríquez y José Vasconcelos, entre otros, que acepta y promulga que el mexicano va a conformar una nacionalidad mexicana, y que ese mexicano es el mestizo.

*Eduardo Cavieres:* Ahora bien, así como en las bases sociales de México y América Latina es posible encontrar una gran diversidad de sus componentes, tanto en términos étnicos como en términos socio-culturales, si-

tuación tan estudiada a través de los múltiples intentos para caracterizar el funcionamiento de los sistemas según la aplicación de criterios relativos a estratificaciones rígidas de tipificaciones según color o procedencia, o según se observen procesos de mayor apertura en la medida que surge el asalariado o que funcione más generalizadamente una economía de mercado, así también están todas esas otras diversidades que podemos encontrar en los sectores dirigentes. Ha sido bastante común esa idea dual en términos de oponer la aristocracia terrateniente a las altas capas urbanas de carácter burguesas o del alto sector mercantil o financiero. La división entre lo regional y el centro; entre liberales y proteccionistas; entre federalistas y unitarios, etc. Me parece que esa puede ser una perspectiva de análisis con ciertos fundamentos, pero que de todas maneras entrega miradas muy estáticas del funcionamiento social. Creo que la multiplicidad de intereses de esas elites y los requerimientos de control y mantenimiento de sus ámbitos de poder, les hacen ser mucho más dinámicos y a entrecruzar sus influencias de manera bastante compleja a objeto de fortalecer sus posiciones. Obviamente, ello no niega la existencia de conflictos.

Pero me interesa referirme a otro grupo de poder o de tipo dirigencial. El de los intelectuales. Un grupo cuyos miembros proceden en gran parte de familias importantes, que emerge en los procesos de valorización de la educación como otra de las estrategias de sobrevivencia de los criollos y de la modernización de la burocracia colonial. Para el siglo XIX, conforman la base del pensamiento liberal y han comenzado a pensarse a sí mismos y a tratar de conformar una imagen de lo que es México. La pregunta es si esa imagen, ¿es también una imagen muy influida por Europa?, ¿cómo ve Europa a México? Podemos hacer interesantes análisis comparativos con lo que sucede, por ejemplo, en Argentina y en Chile. En el primer caso, las miradas hacia Inglaterra se retrasaron un poco porque las inversiones inglesas llegaron un poco tardíamente por los problemas políticos, lo cual, a su vez, favoreció las autoimágenes de Chile que con su estabilidad política y el crecimiento económico logrado en las décadas centrales del siglo, permitió a su clase dirigente el sentirse como la réplica de los ingleses en Latinoamérica. Desde la otra parte, desde Inglaterra, para Chile, efectivamente hubo algunas buenas palabras, pero no más que eso. Una pequeña economía y una República en formación no estaba considerada a la par de cómo

ella misma se pensaba; pero, en cambio, para Inglaterra y también para Francia, México era en muchos términos de verdad importante. Entonces, ¿cómo se da esta relación entre la autoestimación de las elites intelectuales mexicanas con lo que desde Europa se estaba pensando respecto a México?

*David Brading:* Como en toda América Latina, en México su cultura viene obviamente de España, pero es igualmente claro que hay un rechazo de la misma por razón de la Guerra de Independencia y también por el colapso, en cierto modo, de la cultura hispánica y de la Ilustración borbónica. Ésta, como antecedente, fue importante, pero no es una Ilustración cuyos autores llamen tanto la atención, quizás Jovellanos sí, pero en todo caso en forma muy limitada. Entonces, las miradas se vuelven hacia Francia. Del grupo de intelectuales, muy pocos leían inglés y, por el contrario, casi todo el mundo lo hacía en francés y hasta tal punto que cuando se estudiaban las obras de autores ingleses, lo que se hacía frecuentemente era utilizar traducciones en francés. Riva Palacio lee a Darwin en traducción francesa. Es cierto que los franceses estaban traduciendo las obras de todo el mundo, lo que significa que el acceso a la cultura universal se diera por medio de la cultura francesa, pero también estaba el prestigio de un Victor Hugo, muy valorado en México, pero Hugo estaba también en la generación de Michelet y de todos aquellos divulgadores que glorificaban la Revolución Francesa. En México, la Revolución Francesa fue vista como antecedente de su propia Reforma. El mismo Justo Sierra señalaba que ya a los diecisiete años leía entusiastamente la obra de Michelet, y que como provinciano, cuando a los catorce años fue a la Ciudad de México y entró a la Asamblea Nacional, en el Congreso, en los años 1860, en momentos de terrible y gran lucha política en México, al escuchar al joven Altamirano lanzando muy feroces denuncias al gobierno, él pensaba que estaba oyendo los discursos de la Convención francesa. Había leído también la obra de Lamartine, *Los Girondos*. Es decir, había una generación que aplicaba las ideas francesas, y cuando ésta se lanza en contra de la Iglesia, por varias razones paralelas, sus miembros tenían obviamente la imagen de la Revolución Francesa.

Pero, de otra parte, y esto es igualmente fascinante, está el hecho que los conservadores, especialmente los obispos, también estaban leyendo obras francesas, en este caso, por supuesto, de los reaccionarios. El gran ideólogo

de los obispos era Clemente de Jesús Munguía, Obispo de Michoacán, quien citaba regularmente a De Maistre, Bonald, Chateaubriand. Para él, la gran época del catolicismo no había sido la Edad Media sino el gran siglo de Luis XIV en Francia, en donde Bossuet y otros grandes teólogos católicos estaban casi en paz con el mundo. En definitiva, tanto los reaccionarios, los obispos, mejor dicho los católicos, como los liberales, estaban leyendo obras francesas y en cierto modo la Reforma, en términos ideológicos, fue casi un rehacer de lo que había pasado en Francia, totalmente influida en términos de las ideas y de las imágenes por esa experiencia. Por cierto, sus desenlaces fueron totalmente distintos, pero ello se dio también en un contexto de choque con la intervención francesa, cuando los mexicanos estaban pensando en esa Francia y los franceses llegaron a intentar hacer de México una de sus colonias. Allí se produjo el conflicto.

En todo caso, la intervención francesa fue esencial para el nacionalismo mexicano, porque es el momento en que por razón de la resistencia armada, en las periferias del país se crearon las nuevas fuerzas que iban a gobernar el país. Toda esta experiencia de transitar por el territorio nacional creó una conciencia acerca de qué era el país, de cuál era la composición de su población. Esos generales, como Riva Palacio, como Don Porfirio, tuvieron que levantar fuerzas, milicias locales, muchas veces por leva forzosa, pero también debieron establecer redes de autoridad. Ellos necesitaron explorar la naturaleza social de México y también la naturaleza física, con lo cual los intelectuales debieron salir de las ciudades. El mismo Altamirano, que fue uno de los intelectuales jóvenes de aquel momento, fue ascendiendo y llegó a ser coronel, algunas veces luchando y otras veces escribiendo proclamas. En resumen, la intervención produjo una muy fuerte movilización y ello fue muy importante para que el país y las elites adquirieran un estimable grado de conciencia nacional.

*Eduardo Cavieres:* En todos estos procesos de formación de la Nación y también del Estado-Nación mexicano, se dio una situación muy importante que está relacionado con el trasfondo ideológico de la Revolución de comienzos del siglo XX, pero que tenía sus antecedentes en importantes acontecimientos del siglo XIX. Se trata de detenerse en el cómo se fueron produciendo fuertes desarrollos de secularización que aparentemente sur-

gieron como efectos combinados de influencias no siempre coincidentes de los revolucionarios y de los intelectuales franceses, de la Ilustración y el liberalismo inglés, pero también de posiciones asumidas por representantes de los sectores dirigentes de la sociedad mexicana, que por muchas razones se observarían más naturalmente en posiciones a lo menos favorables o de simpatías hacia la Iglesia. Es cierto que los procesos de desamortización de los bienes eclesiásticos correspondieron a políticas que provenían desde el propio período colonial y que en la primera mitad del siglo XIX uno de los problemas fundamentales de los nuevos Estados fue definir sus posiciones respecto a lo patrimonial y al patronato. También es cierto que en muchas oportunidades aquello que comienza de una forma va generando efectos diferentes. Lo que en algunos momentos aparece como medios para obtención de recursos económicos para el Estado, termina siendo una realidad de mayor control del mismo Estado sobre instituciones como la Iglesia.

En definitiva, y no obstante todo lo anterior, lo interesante de la experiencia mexicana es que allí, con todo el peso de un Estado que pasa por permanentes fases de autoritarismo y con repetidos momentos de expulsión del país de las jerarquías eclesiásticas, la Iglesia no se debilitó en lo esencial. Si bien es cierto el Estado alcanzó una fisonomía claramente laica, éste no alcanza a traspasar el mismo carácter a la sociedad, lo cual parece ser una singularidad de México con respecto a los otros Estados latinoamericanos que siguen conservando una relación mucho más cercana con la Iglesia. Es cierto que la mayoría de los nuevos gobiernos republicanos trataron igualmente de redefinir las relaciones con la Iglesia mientras mantenían para sí la potestad del muy colonial Patronato Real y que igualmente, en especial durante la segunda mitad del siglo XIX, en pleno auge del liberalismo, no faltaron los conflictos, pero aún así, no se llegó a los niveles de enfrentamiento alcanzados en México, en donde, como lo hemos señalado, la laicización es del Estado y no de la sociedad.

*David Brading:* Bueno, es cierto, la Reforma fue una ruptura, fue una Guerra Civil terrible y entonces la jerarquía de la Iglesia fue expulsada del país y obviamente los obispos llegaron a Roma, en donde el Obispo de Puebla, Pelagio Antonio de Labastida, que luego llegó a ser Arzobispo de México, fue bien apoyado por Pío Nono para planificar la reorganización y

la renovación de la Iglesia mexicana, proceso que comienza a partir de 1863 cuando se lanza la creación de nuevas diócesis que ya no sólo se radican en las capitales de los Estados, sino también en ciudades más pequeñas, como León, Zamora, Tulacingo. De hecho, cuando se produjo el retorno de Monseñor Labastida, éste fue el último prelado con funciones de Gobierno en México actuando por treinta días como Presidente de la regencia en espera de Maximiliano. Nuevamente tuvo que salir de México, pero regresó en 1871, año a partir del cual se fue reestableciendo lentamente una cierta calma en las relaciones entre Iglesia y Estado. No hay nuevas denuncias ni nuevas oposiciones al Estado, pero se llegó a una especie de consenso disfrazado, por debajo de la mesa.

Utilizando los recursos de los laicos católicos ricos, especialmente mujeres, entre las décadas de mil ochocientos setenta y ochenta, Labastida logró reorganizar y promover la Iglesia y creó nuevos institutos de educación, nuevas órdenes religiosas, logrando una renovación eclesial y el reforzamiento de la promoción de la devoción colonial hacia Nuestra Señora de Guadalupe. Atrayendo mucho la atención, el proceso tuvo su culminación en 1895, cuando se destinó un mes para actos públicos y ceremonias para celebrar la coronación de la Virgen. Aquí también podemos observar ideas y manifestaciones que igualmente procedían de Francia. José Antonio Plancarte, sobrino del Arzobispo Labastida, fue el organizador de estas actividades y para ello visitó personalmente Lourdes, desde donde sacó ejemplos que los reprodujo en México. Se utilizaron entonces similares acciones masivas, entre ellas las peregrinaciones, aun cuando éstas se desarrollaban utilizando el ferrocarril. En los actos centrales, a través de la prensa y de diversas publicaciones, se insistió en la presencia de Obispos de los Estados Unidos y del mar Caribe. Es decir, la Iglesia fue capaz de levantarse y a través de muchos ámbitos logró incluso competir con el Estado. A través de la creación de escuelas primarias y secundarias, la educación, como lo ha demostrado con cifras Francois-Xavier Guerra, fue factor muy importante de presencia católica. En definitiva, en los últimos años del siglo XIX, hubo todo un renacer de la Iglesia mexicana y ello se explica también por el hecho de que los mejores obispos estaban formados y educados en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma, también fundado en la década de 1870 por el Papa Pío Nono.

Esta situación fue bastante especial: el Estado dejaba hacer, pero siempre mirando con sospechas y siempre permitiendo el fuerte rechazo de los círculos liberales hacia todo aquello. Cuando se produjo la Revolución, acto seguido los líderes se proclamaron como anticlericales; primero, volvieron a expulsar del país a los obispos, luego comenzó el saqueo de las iglesias, lo cual terminó en los años veinte provocando ese dramático enfrentamiento con la Iglesia. Se trató, como es bien sabido, de la Rebelión de los Cristeros entre 1926 y 1929, rebelión en que obviamente hubo obispos comprometidos directamente en sus motivaciones, pero también se trató de un movimiento popular, especialmente en la zona centro occidental de México, o sea, en Michoacán, Jalisco, Guanajuato, regiones de propietarios, de rancheros, con gentes de cultura criollo-hispano-mestiza, esencialmente de carácter rural, capaz de ser armadas y lanzar una guerra de guerrillas contra el ejército federal. Entre otras tantas situaciones, fue un momento en que la jerarquía católica demostró al Estado Revolucionario que había límites para su autoridad y, a tal punto, que lentamente se fueron encontrando nuevos acuerdos en los años treinta.

*Eduardo Cavieres:* Pensando no en lo coyuntural ni en las formas de superficie en que se fue desarrollando el proceso revolucionario, sino en el largo tiempo y en los trasfondos ideológicos o en las corrientes profundas y subyacentes de las tendencias que asume la Historia, es posible aceptar la idea que el conflicto de los Cristeros pudo darse independientemente de la Revolución. Se podría tratar de que a partir de los acontecimientos pasados y de cómo éstos se fueron acumulando en el conflicto Estado-Iglesia, el enfrentamiento era inevitable, con o sin Revolución.

*David Brading:* Sí, es posible, si el Estado hubiera sido aún más agresivo por razones liberales y con ello hubiera actuado en un enfrentamiento abierto.

*Eduardo Cavieres:* Por supuesto, a pesar que desde la Reforma no hubo vueltas hacia atrás, los avances laicos siempre fueron frenándose en la medida que era necesario, especialmente pensando en una situación que seguramente en el s. XIX todavía no era bien manejable desde el punto de vista de

la autoridad, esto es, el problema de la religiosidad popular y de sus manifestaciones. Ya hablaremos sobre la Guadalupana, pero lo que puede aparecer como una especie de consenso decimonónico entre Estado laico liberal y una Iglesia de devociones populares, pueden ser simplemente las expresiones de un conflicto larvado en espera de su exteriorización. Si se mira desde un punto de vista ilustrado radical, se puede observar toda la situación como algo inserto en el gran desarrollo de la llamada descristianización de Vovelle, pero quizás ello resulte un poco desproporcionado en relación al verdadero carácter de los sectores liberales mexicanos vistos colectivamente. Por otra parte, el tema religioso estaba fuertemente enraizado en el mundo mestizo y como en ello se arrastra igualmente al mundo indígena, toma de hecho la fisonomía de una especie de poder fáctico concreto. Así las cosas, en algún momento el conflicto tenía que hacer crisis y lo hizo con la Revolución, pero pudo haber acontecido también sin ella.

*David Brading:* Claro, porque la Iglesia también jugó su papel. Obviamente los obispos tenían sus pretensiones de reaccionar contra lo que venía sucediendo, pero necesitaban realmente de un ambiente, de una sociedad en armas, de un país en caos. Con la Revolución, el Estado fue destruido y entonces hay que considerar que durante varios años el país estuvo bajo la mano de varias regiones, de caudillos y fuerzas armadas locales, incluso de bandidos. Se produjo un sufrimiento colectivo de la gente, y entonces, cuando se trataba de atacar a la Iglesia y bajar el número de clérigos, cuando la oposición a estas medidas se generalizaba haciéndolas impopulares, cuando fue posible provocar la defensa local de las parroquias y religiosos, se hace visible esa reacción, pero claro, esta reacción era posible porque la Iglesia se había fortalecido en esos últimos años a través del reclutamiento de nuevos clérigos a partir de familias de pequeños propietarios. Se trataba de una Iglesia mexicana muy particular y muy semejante a lo que se había formado en Polonia o Irlanda, una Iglesia muy arraigada popularmente y con una devoción bastante alta. Es la Iglesia de los Estados rancheros y hasta hoy en día la mitad de los obispos vienen de esas regiones. Ahí precisamente están las escuelas de la Iglesia, más concentradas, formando una zona muy católica. Debido a que cada Estado, incluso cada municipio, tiene su Historia, todavía no se ha hecho una geografía social de México,

algo muy importante y necesario. En todo caso, es claro que para entender el conflicto en todas sus dimensiones, se debe ir y volver hasta la Reforma, a los años mil ochocientos sesenta, porque desde allí hay muy interesantes continuidades. Conozco los estudios que está haciendo Matthew Butler y él me ha dicho cómo en Michoacán en los sesenta se visualiza un municipio que se vuelve muy radical y liberal, mientras que otro, cercano, se vuelve muy católico. Esas identidades y lealtades formadas en momentos de gran movilización se hacen permanentes, casi de cien años, pero en ellas se refleja también la acción de muchos clérigos que igualmente se hacen muy liberales o muy conservadores.

*Eduardo Cavieres.* Considerando globalmente todos estos aspectos, un Estado liberal, una Iglesia muy fuerte, formaciones ideológicas diversas acerca de las bases sociales mexicanas, de lo que es ser mexicano, etc.; y junto con ello el crecimiento económico efectivo que se experimenta después de 1880, ferrocarriles, mayores exportaciones, esfuerzos bastantes significativos en el sector industrial, desarrollos modernizadores, etc., que en conjunto fueron vistos como la punta del liberalismo latinoamericano ubicando a México junto a Brasil y Argentina como los países con mayor proyección en el área, situándonos ahora en una posición desde la historia de las ideas, ¿qué era el México de 1910? Y lo pienso en términos de la historia de las ideas, ya que desde perspectivas sociales la situación, aun cuando sí ilustra los problemas permanentes de América Latina respecto a los retrasos mantenidos en los sectores populares, evidentemente representa la otra cara, el anverso de ese liberalismo autpensado como exitoso y síntesis del progreso. Esta otra cara es la del conflicto, la de la crisis profunda de la sociedad, la cara campesina e indígena, la del México rural. Entre el liberalismo profundo de los sectores en el poder y de aquellos que rodeaban al mismo, y las realidades concretas de la vida material y cultural de las mayorías que se encontraban al otro lado de esos grupos, en la otra orilla, como espectadores de los avances de la modernidad de la época, había una gran distancia. La distancia existente entre un pensamiento elaborado, intelectual, ilustrado, progresista, y un pensamiento basado en lo concreto, en las simples experiencias de la vida, muy apegado a las realidades más próximas, a las tradiciones y a las devociones. Por el momento, pensemos en la formulación de las

grandes ideas y hasta dónde ellas querían o podían ser efectivamente medios de transformación social.

*David Brading:* Efectivamente, el cambio de siglo permite visualizar un momento de renovación intelectual, pero también de persistencia de ideas muy radicales, liberales desde un lado y positivistas desde el otro lado. Se puede ver la acción del positivismo en razón de sus dominios sobre la Escuela Nacional Preparatoria, institución muy importante para los que pensaban en grandes proyectos nacionales. Pero ello no era todo. Uno de los ideólogos de la Reforma Agraria, Andrés Molina Enríquez, publica su obra *Los grandes problemas nacionales*, en donde atacaba radicalmente la existencia de los latifundios y hacía serias llamadas para su destrucción. En su ideología, él era totalmente positivista-darwinista y también había asumido la noción de que el único y verdadero mexicano era el mestizo. Se trata de un personaje con bastante influencia y que figura también en 1917 en la formulación del famoso artículo reformado de la Constitución del veintisiete, que es el artículo de la Reforma Agraria en donde él insertó la declaración de que la Nación era la dueña de toda la propiedad territorial de México, y que como dueña tenía el derecho legal y constitucional de confirmar y cancelar cualquier propiedad particular. Allí se lanzaba sin límites en contra de los latifundios, los cuales debían ser destruidos, aunque la pequeña propiedad seguiría siendo respetada y mantenida. Se trataba igualmente de un rechazo de los principios liberales, ya que en un sub-artículo del mismo documento llamaba a que los egidos de los pueblos debían ser restaurados y gratificados a favor de los mismos, es decir, de un lado su pensamiento aparece como una visión de destrucción del latifundio, defendiendo y garantizando la pequeña propiedad, pero, de otro lado, no tenía problemas en intentar devolver el principio de tenencia colectiva a las comunidades indígenas, con claras referencias a los ámbitos que correspondían a toda acción del Estado que, a su vez, es agente de la nación. Estas son las dualidades en que se presentaba el México pre-revolución y Molina representaba muy bien esas dualidades.

*Eduardo Cavieres:* Se dan también otro tipo de dualidades. Por una parte, la formación de un Estado que aunque federal, es un Estado muy fuerte en cuanto a su poder central; por otra parte, un regionalismo muy

particular por su vigor y su capacidad de reacción. A pesar de todas las representaciones ideológicas y culturales del Estado federal, las fortalezas intrínsecas del regionalismo no se pudieron superar. A diferencia de otros Estados latinoamericanos, que también optaron por la forma federal de gobierno y que lograron encontrar unas estabilidades más funcionales, las raíces del poder local en México siguieron prevaleciendo hasta encontrar una nueva irrupción con la Revolución. Se trata de un país grande, de muy difícil gobernabilidad, pero también con falta de claridad respecto a los ámbitos del poder. Por un lado, en los espacios de la microhistoria las significaciones de la propiedad privada; por otra parte, los intereses entrecruzados de carácter local y regional. Se trata de una amalgama de situaciones que no fueron resueltas por el liberalismo del siglo XIX y que explican en gran parte los desarrollos que la Revolución va tomando en el mismo curso de su proceso. Por ello mismo es que la propia Revolución debió, nuevamente, ubicarse sobre esas realidades particulares y buscar legitimaciones superiores. Cuando así lo hizo, por sobre las situaciones coyunturales del país, ¿es que México se separa de Latinoamérica o efectivamente sigue representando más o menos los mismos problemas de Latinoamérica?

*David Brading:* Bueno, eso es lo que pudo suceder. Obviamente es un momento que efectivamente muestra la acción de una rebelión popular, pero también es el tiempo de la conquista de la República por parte de los Estados fronterizos, es la oportunidad de la dinastía sonorensis de los años veinte cuando todos esos generales de Obregón y de Calles eran de Sonora; es decir, en ese sentido la Nación del centro cobró nuevos empujes por obra de esas fuerzas fronterizas. Apareció otro México, un México vigoroso, pujante, que buscaba establecer definitivamente su poder. Pero, hay que ver que también se estaba produciendo una renovación del intelecto mexicano, por ejemplo, en los temas de las elites, con la creación del Ateneo de la Juventud en 1906, en donde comienzan a exhibirse nuevas ideas que se comparten con toda América Latina. Son las ideas de Rodó y de los autores que Rodó iba explicando; también la poesía de Rubén Darío. Es el modernismo, se leen los mismos autores, Schopenhauer, Carlyle.

Es esta renovación que conduce al modernismo la que se representa precisamente por José Vasconcelos, quien, entrando en la bola de la Revolu-

ción tuvo que salir al exilio, pero que volvió muy pronta y exitosamente a México siendo el primer Rector en la constituida Universidad Nacional Autónoma y posteriormente Ministro de Educación. Él sí que desarrolló un concepto amplio del mestizaje, el de la Raza Cósmica en que se representaba toda América Latina. En ese sentido, Vasconcelos no fue sólo un nacionalista mexicano, sino más bien un nacionalista que intentaba cubrir, al decir de Rodó, la gran patria, toda América Latina. Al menos al nivel de la cultura de la elite, México estaba aparte de este otro sentido cultural, pero tomó conciencia de los rasgos culturales que se tienen en común con el mundo de habla hispana. No se puede olvidar a los muralistas, por ejemplo, a Rivera, a Siqueiros y a Orozco. Ellos fueron muy mexicanos en sus temas, pero también se caracterizaron por ser muy modernos y aunque construyeron muy buenas relaciones con Estados Unidos y tuvieron sus propios recorridos por Europa, especialmente Rivera con sus estadías en Francia, no se olvidaron de mirar hacia América Latina, en donde lograron fuertes admiraciones. La pintura peruana, por ejemplo, está muy influida por las temáticas de los pintores mexicanos y hay que ver que la propia Revolución mexicana ejerció una fuerte fascinación en América del Sur. Vasconcelos fue reconocido en todas partes, pero también es un momento que por razón del modernismo, algunos intelectuales de otros países fueron a vivir a México. Valle Inclán, por ejemplo, fue muy acogido y celebrado, pero también otros como Pedro Henríquez Ureña. O sea, se trata de un momento de renovación y de ello México estaba más consciente que antes. Se trata también de un tiempo en que los medios de comunicación eran más fáciles y el viajar se había hecho más barato y posible. Esto no solamente corresponde a la década de los veinte, sino se proyecta a la de los años treinta, con presencia de los movimientos ideológicos marxistas, pero también, en parte, porque Cárdenas abrió las puertas a la llegada de más de veinte mil españoles, de los cuales casi la mitad eran profesionales, muchos procedían de la vida universitaria y en conjunto lograron una gran y diversa influencia en México. Ellos crearon un Hospital Español, pero también muchas de las Facultades de Ciencias Naturales que comenzaron a desarrollarse. Se produjo un fuerte renacimiento cultural, con expresiones muy importantes en esta área de las ciencias naturales y también en la medicina. No se puede soslayar todo lo concerniente a las áreas de las ciencias sociales.

*Eduardo Cavieres:* Estas miradas nos llevan a observar la Revolución en diferentes tiempos y connotaciones. Está la Revolución en sí misma, como un fenómeno ubicable en unos tiempos muy determinados y con sus propios procesos y circunstancialidades, pero está también la Revolución formando parte de un tiempo más largo, de construcciones sociales, económicas, ideológicas, culturales, mucho más amplias y profundas. Según las perspectivas con que se mire la Historia, una mirada no invalida la otra, más bien la complementa. Es cierto que desde muchos puntos de vista, hay un México antes de la Revolución y otro después de la Revolución. Es cierto igualmente, como se ha señalado anteriormente, que para intelectuales como Octavio Paz la Revolución es un acto glorificado en sí mismo. Aunque discutible, todo ello está bien, salvo que tanto las causalidades como los efectos de fenómenos de esta envergadura son encadenamientos demasiado complejos como para aislarlos absolutamente al interior de sus propios términos cronológicos. De esta manera, mirada la Revolución globalmente y formando parte de recorridos históricos abiertos hacia el pasado y proyectados hacia el futuro, ¿qué contenidos sociales, ideológicos o culturales anteriores fueron ratificados y consolidados por la Revolución y, al mismo tiempo, qué es lo que resulta como más innovador hacia adelante? En el fondo, se trata de pensar el balance de la Revolución viéndola, a la vez, como fenómeno singular y al mismo tiempo como parte de un conjunto o proceso mayor.

*David Brading:* Bueno, como he dicho antes, con las obras de Riva Palacio, se produjo ya un esfuerzo demasiado ambicioso para definir lo que es México. Esto tiene una larga historia que viene desde el mundo prehispánico hasta la actualidad, pero por entonces la difusión del conocimiento de ese pasado pre-hispánico fue muy lenta, hasta que, finalmente, con la Revolución, con la obra de Manuel Gamio y con la excavación y renovación de todos los parámetros de Teotihuacán, tan majestuosos, esa etapa comienza a considerarse definitivamente como una parte integral y fundadora de México. Aún no estando bien definida, la Historia de México, como país, como nación, empezó a ser vista desde el mundo prehispánico, y allí surgió ya un indigenismo concreto. Manuel Gamio creó también el Instituto Indigenista y comenzó a desarrollar la idea de que gran

parte de la población mexicana venía del mundo pre-hispánico y que conservaba rasgos culturales de esa época. De otra parte, este indigenismo nacional, y nacionalista, que pasa a ser parte de la definición de la Nación, se encuentra realmente en la idea, en la meta, de la incorporación de estas comunidades indígenas dentro de la Nación. El mismo Gamio señalaba que, de todas maneras, era mejor que ellos dejaran de hablar sus idiomas y que hablaran el español. Defendía al mundo indígena, pero era nacionalista y, además, como ya está dicho, estas comunidades ya estaban protegidas por la Reforma Agraria a través de los egidos caracterizados a través de la tenencia colectiva de la tierra, un gran logro en aquellos momentos.

Junto a lo anterior, Gamio abogaba igualmente por la supervivencia de las industrias artesanales que se remontaban a los tiempos coloniales, pero todavía en la ideología nacionalista la colonia no figuraba, todavía estaba el rechazo de la conquista, con algunas excepciones. Estaba el reconocimiento por parte de la ideología liberal a la figura de Las Casas y también el reconocimiento de las obras de los franciscanos, primeros misioneros de México. Ahora bien, con la recuperación de la cultura indígena y también con la aceptación de la arquitectura colonial y la identificación con ella de los restos de la Colonia, el Churrigueresco, se puede observar que comenzaba a considerarse una cierta incorporación de la época colonial, de la época de la Nueva España. La otra situación importante de tener en cuenta es lo que sucedió con el mestizaje, que obviamente venía de la Colonia. Entonces, si lo mexicano es lo mestizo, Justo Sierra señalaba que la nación y la nacionalidad surgieron con el primer beso de amor entre Hernán Cortés y la Malinche. Las nuevas teorías acerca del mestizaje influyeron en que en México se comenzara a aceptar la idea de que la nacionalidad comenzó con la Conquista y con el conocimiento de las razas. Lo pre-hispánico fue esencial, pero la Nación partió con la fusión, no antes. El problema era cómo tratar esta situación, ya que a través de la institucionalidad de la Iglesia Católica la Colonia seguía siendo rechazada y ello se expresaba muy fuertemente en amplios sectores de la Revolución.

Desde otras consideraciones hay que decir que la Revolución fue progresista, no marxista, que fue nacionalista radical. Por eso su acción se desarrolló en diferentes planos. Por una parte, quería defender la pequeña propiedad, que a veces no era tan pequeña, especialmente si el dueño era un

general revolucionario, casos en los cuales les cooptaba cursando títulos de propiedad a esos *pequeños propietarios* llamados rancheros para defender el proceso y para controlar la Reforma Agraria. Por otra parte, la Revolución fue también al sector moderno reconstruyendo el sistema bancario e incluso creando un Banco Central pero con carácter privado. En esos mismos términos protege a la gran industria y busca darle fomento, pero a la vez crea dentro de ella los sindicatos que por entonces ya estaban dominados por el Partido Nacional, por el Estado, por la burocracia política. En esos años treinta, se habían constituido dos alas de un mismo movimiento que serán unidas dentro del Partido Revolucionario Institucionalizado, el PRI: de una parte, burocracia política y ligas campesinas; de otra, trabajadores sindicalizados. Es la creación del Estado corporativo que va a gobernar México hasta el año 2000, inspirado por una ideología profundamente nacionalista, pero en cuyo interior había cabida para tendencias de carácter universal. Es interesante constatar que obviamente el nacionalismo siempre está sobre los particularismos de México, pero que dentro de esas particularidades persiste una noción de un México siempre abierto a la cultura universal. Este es el mensaje y la función de Octavio Paz que, de un lado, está permanentemente enfatizando e incluso celebrando la Revolución como un gran momento de comunión, pero de otro lado, que no abandona la idea de que México tiene que abrazar la cultura occidental porque esencialmente es parte de ella y tiene que seguir siéndolo.

*Eduardo Cavieres:* Evidentemente, el mensaje de la Revolución fue muy fuerte y hubo un discurso muy bien elaborado sobre sus significancias. Mirando las cosas retrospectivamente, se puede pensar que a comienzos de la década de 1930, una parte amplia de la sociedad mexicana, los sectores medios, por ejemplo, y también grupos populares que se encontraban en ascenso, como toda la sociedad mexicana, estaba ya cansada de lo que había sido efectivamente la Revolución, en términos de los sacrificios personales y de los profundos deterioros de la vida cotidiana, pero que, por otra parte, mantenían una idea, una esperanza, de que efectivamente la sociedad cambiaba y que podían vislumbrar tiempos mejores. El problema es que los mensajes de cambio y las fuerzas de ánimo, como los propios proyectos reformistas o revolucionarios, se van desgastando y agotando en el tiempo.

Es el dilema profundo de América Latina que surge desde una mirada amplia sobre la Historia a través de sus más largos procesos, el dilema de aceptar que las permanencias del mundo latinoamericano son mucho más fuertes que sus posibilidades de cambio real. Las experiencias conocidas muestran que, finalmente, las ideas de cambio social, incluso bien intencionadas, van perdiendo dinamismo al verse enfrentadas a las estructuras duras del pasado que trastocan los ritmos temporales de las transformaciones, otorgándoles desarrollos calmados y fuertemente controlados por las inercias existentes. Al final, es mucho más lo que permanece que lo que cambia y en esto México, a pesar de su Revolución, es también parte del mundo latinoamericano. En todo caso, no podemos desconocer que frente a las realidades, la construcción ideológica no deja de ser fuerte y de tener efectos esperanzadores. Al parecer, es el caso de la Revolución.

*David Brading.* No lo sé. Es una situación complicada, porque en el mismo tiempo largo la cosa es que también ha habido desarrollos muy dinámicos. Creo que en el siglo XX, México ha cambiado tanto como Inglaterra. Cuando uno piensa, en primer lugar, en la población que hasta los años cuarenta fue de casi dieciocho millones de personas y que ahora ha sobrepasado los cien millones, no se puede dudar que éste es un cambio total, no solamente por el número, o por el desplazamiento desde el campo hacia las ciudades, o desde el centro hacia el Norte, sino también por el crecimiento, aunque lento, en la difusión de la educación que es ya casi universal al nivel primario. Está igualmente la emigración hacia los Estados Unidos, ya que las remisiones de dinero de esa gente iguala o supera lo que rinde el turismo o el petróleo. Ello es por razón del tratado del NAFTA el cual significa que la economía mexicana es parte de un gran bloque que ha posibilitado que las grandes corporaciones de México hayan logrado conquistar una parte reducida, pero significativa para ellas, y para el país, del mercado norteamericano.

Por otra parte, sí hay permanencias. Se dan como parte de la cultura, del trato personal, de la manera de ejercer el poder, pero de todos modos México ha podido establecer una actividad electoral más independiente del gobierno de turno y más o menos prudente. Es un logro extraordinario que

bajo la influencia del PRI, la sociedad haya podido encaminarse hacia una mejor democracia. Por cierto, el problema está en que llegado el momento en que ya se puede elegir un Presidente por voto popular, éste tiene que observar la Constitución y la Constitución es un documento muy flojo y no da posibilidades de hacer grandes cosas en el Gobierno. La situación es que la democracia ha dado a México un Gobierno débil, por razón de una Constitución demasiado compleja.

*Eduardo Cavieres* En este contexto de cambios, en la óptica de un México tan diferente al México tradicional, la imagen que nos proyecta la vida de *Los Hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, se estaría desvaneciendo en el tiempo. Su recuerdo sería más bien la representación de un México pre-revolucionario o recién salido de la revolución.

*David Brading*. Casi, casi, pero también se trata de una literatura un poco fabricada. Hay que considerar que Lewis después fue haciendo ese mismo tipo de trabajo con los inmigrantes portorriqueños y él en seguida fue notando las diferencias que se van estableciendo. Si realmente todos los mexicanos fueron muy conscientes de las figuras de Juárez, de Hidalgo, por cierto los portorriqueños no tienen nada de eso, es decir, la situación es que la reproducción de las experiencias de vida de estos hijos de Sánchez fue un poco guiada, puesto que, por ejemplo, no hay mención alguna a asuntos de religión ni de creencias supersticiosas y yo no creo que esta familia estuviera completamente ajena a nociones sobre ideas del cielo o de poderes espirituales. Si no fueron católicos devotos, está bien, pero que estuviesen totalmente desprovistos de algún pensamiento de carácter religioso simplemente no. Me parece haber escuchado de alguien que conoció a Lewis decir que verdaderamente una de las protagonistas, una de las mujeres de Sánchez que fue dando mayores explicaciones sobre su vida, lo hizo porque ella estaba leyendo mucho de los romances e historietas populares. Entonces, hay que pensar que en estas experiencias intelectuales hay también fabricaciones de las mismas y que como en toda obra hay siempre selección, Lewis también tuvo interés en ciertas cosas y no en otras.

*Eduardo Cavieres:* Pero esa es también una situación que afecta a otros intelectuales, a otros escritores que se han apoderado un poco, dicho esto en forma positiva, de la Historia de los años 1930, 1940, 1950. El mismo Carlos Fuentes, al escribir *Mis años con Laura Díaz*, hace toda una descripción del suceder desde el otro punto de vista. Si los *hijos de Sánchez* corresponden a la experiencia de la gente pobre que no logra superar el círculo de la pobreza, los años con Laura Díaz representan los problemas de la otra sociedad, entre pequeña burguesa o intelectual. Sin embargo, como sea, no se trata sólo de dos extremos, de dos realidades, cada una de ellas con diferentes problemas y preocupaciones, sino también la forma particular como Fuentes mira a esa sociedad, con interés en ciertas cosas y no en otras. En el fondo, comparando con Lewis, encontramos dos construcciones que representan a la misma sociedad mexicana, pero que al mismo tiempo la parcelan.

*David Brading:* Bueno, así es. Hay muchos Méxicos, pero también hay algo que los une. Por ejemplo, en una oportunidad, un joven político mexicano, que fue ayudando a Salinas en su gira por el país como candidato presidencial me conversó que había tenido la posibilidad de conocer las cartas recibidas por el candidato y que había estado muy impresionado por una de ellas. En sus inicios, el escrito señalaba: usted señor, es como un águila con alas extendidas que vuela hacia el sol, y seguía con otras frases semejantes. Pero, en el segundo párrafo, agregaba: señor, tengo un hijo que quiere servir a la patria, que quiere entrar al ejército, pero hace falta el dinero para su educación. El quiere entrar al colegio heroico militar para ser Oficial del mismo. Y pedía su colaboración y ayuda. Aquí se encuentra un punto de unión, es la noción de que el Estado es el gran padre, el benefactor de los pobres, pero siempre se relaciona por medio de patrones de clientelismo.

*Eduardo Cavieres:* Estamos hablando de diversos Méxicos y de diversas construcciones de sus realidades. Desde el Estado, desde los intelectuales, desde sociólogos y desde escritores. En la perspectiva de los historiadores, ¿cuál ha sido la construcción de David Brading de México?

*David Brading:* No lo sé, pero obviamente ha resultado y viene de lecturas históricas y de tantas y tantas conversaciones, reflexiones, estudios de algunas obras contemporáneas. En realidad, mi experiencia de México está basada y se fundamenta en lo que tengo a partir de mis conocimientos de las lecturas realizadas y de las investigaciones históricas. Nunca he tratado de penetrar las capas populares de México y hoy en día estoy totalmente inconsciente de lo que ellos piensan. Trato generalmente con gentes del mundo universitario, empresarios, políticos.

*Eduardo Cavieres:* Es un poco lo que les sucede en general a los historiadores. No se trata de tener insensibilidad frente al presente, pero a veces se conoce un poco más a las gentes del pasado. En este caso, a los sectores populares coloniales.

*David Brading:* Tal vez, tal vez, aunque claramente igual se depende muy indirectamente de los documentos y no siempre de todos los documentos posibles de conocer.

*Eduardo Cavieres:* Y mirando retrospectivamente y en forma más concreta, ¿cuál ha sido el desarrollo de las miradas propiamente historiográficas? Hace ya mucho tiempo que nos impresionamos con los mineros y comerciantes del México borbónico, ¿éstas miradas parten de esos mineros o comerciantes?, ¿vienen de antes? Lo que sí es comprensible que se hayan venido superando con los numerosos estudios que le han seguido.

*David Brading:* Bueno, en mi caso hay una especie de ruptura con esa etapa anterior. Escribí tres libros que están basados en documentos coloniales, el de los mineros y comerciantes, el de haciendas y ranchos del Bajío y, finalmente, aquel de relaciones entre la Iglesia y el Estado, pero ya antes de escribir el último de los nombrados estaba cambiando todo mi enfoque y mis métodos de trabajar, de modo que más bien transferí mi interés hacia el ámbito de la historia de las ideas pasando a trabajar con fuentes impresas en vez de documentos. Creo que en cierto modo mi mejor libro, que al mismo tiempo es el más difícil de leer, es *Haciendas y Ranchos*, pero es tan

preciso, tan denso, tan lleno de cifras, que yo mismo no quiero leerlo. Llegó un momento en que traté de ser perfecto, es decir, buscar todas las pruebas, seguir todos los pasos. El libro está lleno de información, pero ya en definitiva, dejé de hacer este tipo de trabajo porque yendo a los archivos eclesiásticos me enfrenté con el problema que ellos tienen poco sobre religión y mucho sobre la administración de la Institución. De esta manera es que me orienté más hacia la historiografía, hacia las grandes crónicas de la Colonia y terminé con el libro sobre la guadalupana. En los sermones, encontré expresiones de lo que fue pensando la gente, que fueron pensamientos muy altos. En realidad este culto guadalupano es extraordinario en cuanto a las dimensiones que tiene y a las explicaciones teológicas que se fueron desarrollando. Para México, lo que ocurrió fue casi una especie de revelación divina.

*Eduardo Cavieres.* Hablamos de la Guadalupana y nos hemos saltado el *Orbe Indiano* publicado casi una década antes y trabajado con mucha más antelación. No puedo dejar de referirme a ese libro por dos razones sustanciales. En primer lugar, porque en el tránsito de la monarquía católica a la república criolla, igualmente se construyeron importantes elementos de conformación de la nacionalidad mexicana. Esta situación, vista desde las particularidades de México, hace comprender muy ilustrativamente el cómo los componentes de la nacionalidad, aún conservando rasgos integradores de larga duración, igualmente se van ajustando a circunstancias históricas específicas. Antes nos hemos referido precisamente a las redefiniciones intentadas por el liberalismo del siglo XIX y posteriormente a las propiamente concebidas por la Revolución del siglo XX. En segundo lugar, se destaca el cómo este mundo indiano se inserta en unos contextos culturales e ideológicos propiamente occidentales. Me parece que el libro expresa una muy fina y amplia cultura de su autor que permite alcanzar esos tipos de relaciones dados a través de ideas y reflexiones a uno y otro lado del atlántico.

*David Brading.* Bueno, estos fueron mis primeros pasos. En concreto mi primer paso hacia la historia de la ideas fue con los *Orígenes del nacionalismo mexicano* que salió desde mi interés en Fray Servando Teresa de Mier

y también por el hecho de ir dando conferencias sobre la Historia mexicana, especialmente en Berkeley, donde se escribió. Este libro fue publicado el setenta y tres en México y en Inglaterra mucho más tarde, pero allí se encuentra el núcleo de las ideas que fueron magnificadas y aplicadas de varias maneras en *Orbe Indiano*. Obviamente, uno es un librito pequeño, de ciento cincuenta páginas, y el otro un monstruo, un mamotreto. No obstante, allí está expresada finalmente la relación existente de que primero están las ideas y las polémicas, incluidos los intereses que surgen desde la creación de América española, principalmente México y Perú, y sólo después la formación de una conciencia criolla y de una conciencia de la patria criolla. El problema es qué es la Patria, porque no hay que olvidar que toda la tradición liberal republicana negó la existencia de tal concepto. Para Justo Sierra, la Patria comenzó con la Independencia, antes no hay Patria.

Efectivamente, los liberales fueron intentando recomponer un concepto antiguo y arraigado que fue cambiando totalmente su significado. Ahora, la Patria es la República, sin República no hay Patria. No reconocían que antes de ello estaba la patria criolla. Aunque la Nueva España fuese una Colonia, Riva Palacio decía: bueno, la Historia del Virreinato en la Nueva España no es parte de la Historia de México, es parte de la Historia de España. Sin embargo, debemos reconocer que aún así en esa historia se estaba desarrollando la nacionalidad, crecían los mestizos. Pero en este siglo, que va desde 1640 hasta los años setenta del siglo XVIII, es decir, ciento veinte años, existía una verdadera patria criolla que observaba cómo florecía la cultura criolla, cómo los Jesuitas cambiaban lentamente y llegan a ser más criollos que cualquier otra cosa; cómo los canónigos de las catedrales eran casi todos criollos, y para qué hablar del clero secular, de los abogados, de los arquitectos, en fin, de los artistas. Allí se forma una cultura que es propiamente criolla americana y dentro de la cual aparecen grandes obras literarias, como las de Sor Juana Inés de la Cruz, aunque ella sea prácticamente una excepción. En todo caso, dentro de las órdenes religiosas se expresa una renovación en los años cuarenta del siglo XVIII o incluso antes.

También es en el culto guadalupano en que se encuentra una originalidad extraordinaria y también en el momento de 1746 cuando, por ejemplo, se levanta su proclamación como patrona principal y universal de los

reinos de la Nueva España, de Nueva Galicia, de Nueva Vizcaya y de Guatemala. Esta es una acción hecha por las elites criollas, porque quienes hacen las proclamas son las autoridades de los cabildos eclesiásticos cuyos canónigos son criollos, y las autoridades de ayuntamientos que igualmente son regidores criollos. El arzobispo, educado en Roma, da todo su apoyo a esta iniciativa. Lo que ocurre es algo extraordinario si se piensa que allí hay una conciencia no solamente de una región, sino de todo el Virreynato. Por ello, Jacques Lafaye dice que allí ya está el nacionalismo mexicano, aunque Octavio Paz rechace esa tesis afirmándose en que los mestizos liberales fueron destruyendo la Nueva España. Y ello en cierto modo es verdad, ya que solamente tal vez hoy en día, con Fox, es que el guadalupismo se está reintegrando al nacionalismo mexicano, pero a través de una nueva reformulación a raíz de reconocer a la Iglesia en algunas actividades públicas.

*Eduardo Cavieres:* Desde otras perspectivas, y a pesar de las transformaciones en las formas, y a veces también en parte de los fondos, aquí volvemos a las continuidades de la Historia. Independientemente de las interesantes discusiones respecto al surgimiento de la nacionalidad, siempre hay unos rasgos que permiten a las personas y a las comunidades sentir que a pesar de los cambios que han experimentado, siguen siendo más o menos los mismos. Hoy día se estudian mucho estas situaciones a partir del gran tema de la construcción de identidades. Las construcciones realizadas por el criollismo, en los tiempos del *Orbe Indiano*, no se destruyeron completamente con la República del siglo XIX. A pesar de los variados cambios que se fueron produciendo, permanecen estratos difíciles de erradicar. Siempre van quedando hilados de ese pasado que a pesar de entrecruzarse en diferentes formas o de adoptar coloridos diversos a lo original, permiten a las sociedades reconocerse en lo que se ha sido. Por cierto, uno de los hilados más importantes correspondió a la construcción guadalupana. Más allá de la devoción, ¿que quedó de esas construcciones y qué fue capaz de superar el dinámico siglo XIX?

*David Brading:* Obviamente el culto guadalupano se mantiene, pero ya está convertido en un instrumento de la Iglesia. Hay que ver que antes, en el concepto de los Habsburgos, la Nueva España era una comunidad

Republicana, ellos utilizaron la denominación República Cristiana, y por ello tanto el poder civil de los ayuntamientos como el poder espiritual de los cabildos eclesiásticos participaban ya en conjunto. Después, se produce la ruptura entre Estado e Iglesia y entonces la guadalupana es símbolo de la Iglesia contra un Estado laico secular.

Por otra parte, ya en el siglo XVIII el criollismo también estaba defendiendo al indio y al pasado indígena, la gran civilización en la obra de Clavijero, contra los ataques de la Ilustración, de Raynal, de Robertson y otros. Los liberales clásicos de la Reforma rechazaron el pasado indígena, le veían como el atraso, la barbarie, aunque ya en el Porfiriato, con Riva Palacio, resurge lentamente, otra vez, en la noción de Civilización. Solamente con la Revolución ese pasado vuelve plenamente a ser exaltado.

Se trata definitivamente de una recuperación del énfasis criollo, porque el criollismo tuvo dos o tres aspectos: uno es el guadalupeísmo, otro es el indigenismo histórico, el tercero el referido a los derechos de los propios criollos de gobernarse. Cuando los liberales rechazan el pasado indígena, rechazan el pasado colonial, y ello se vuelve a recuperar sólo con la Revolución. Creo que en la actualidad se está recuperando la idea de la Nueva España y ello se representa nuevamente en el guadalupismo que viene desde entonces como parte de la nueva identidad pública de México. El Presidente Fox, el día que asumió el poder, asistió a misa en Tepayac. Vamos a ver qué sucede, pero se nota que hay ya un guadalupenismo que ha vuelto a florecer con todo ese proceso de Juan Diego. Han aparecido liberales intelectuales, como Héctor Aguiar Camín, editor de Nexos, que escribió que era un guadalupano laico. Incluso alguien me dijo –no he encontrado la cita–, que otra persona había sostenido que era judío guadalupano. No sé cómo se explican estas situaciones, pero representan parte de la identidad nacional. En estos sentidos, hay apertura, aunque no hay que sobre-enfatizar demasiado porque si de un lado se puede percibir ese florecimiento de la Guadalupe y sus significaciones, de otro lado las sectas pentecostalistas avanzan fuertemente al interior de las capas populares.

*Eduardo Cavieres*. Sin duda alguna, uno de los hilados más consistentes con que se teje una parte importante del entramado cultural mexicano

es el concerniente a la Guadalupe. Por cierto, existe un límite, quizás muy débil y difuso, entre la Guadalupe de la devoción religiosa, de la fe propiamente tal, y la Guadalupe como construcción puramente cultural. Es el límite que hace difícil precisar si la Guadalupe es de todo México o si es sólo de la feligresía católica. Por sobre los muy legítimos reconocimientos de fe, la virgen de Guadalupe supera muy ampliamente los marcos de la Iglesia y se ha venido transformando en un reflejo colectivo de la identidad mexicana. Considerando estas situaciones, ¿Guadalupe es la síntesis de la Historia mexicana o es una necesidad permanente?

*David Brading:* Yo creo que es más bien una necesidad, es parte de la conciencia popular, aunque esta conciencia esté cambiando en la actualidad por razón de los avances obtenidos por el protestantismo. En cambio, mirando hacia atrás, se puede observar cómo el significado de la Guadalupe ha sido fuertemente mantenido por la devoción a través de los siglos tanto de mujeres como de hombres. Hay momentos de completa negación simbólica y ritualista de la Virgen por parte del Estado, momentos en que los intelectuales se impusieron una especie de autocensura. No hacen mención de ella, simplemente se le ignora. Pero ella tiene su propia fuerza y siempre vuelve a ocupar su lugar. Cuando uno mira la primera edición de *El Laberinto de la Soledad* de Octavio Paz encuentra que hay nada más que una línea sobre la guadalupana; en la segunda edición hay un poquito más, y se le observa ya como la Gran Madre, y cuando Paz escribe el prefacio al libro de Jacques Lafaye, en los años 1970, aparece todo un espléndido elogio a quien antes se desconocía. Como Octavio fue siempre abierto a los cambios, él también demostró esa actitud con respecto a Guadalupe.

*Eduardo Cavieres:* Esta apertura al cambio, pero también a avanzar y retroceder, a negar y aceptar, es parte de lo que la Historia mexicana es. A pesar de lo dramático que ello puede significar en algunos momentos, esto forma parte de su dinamismo y de su fuerza.

*David Brading:* Sí, siempre hay un diálogo con el pasado, esto es lo más fascinante, se trata de una especie de obra colectiva de la mente mexi-

cana. Los peruanos siempre prevalecen como individuos, hay grandes individuos, en muchos casos mejores que los mexicanos, pero no hay una tradición peruana. En términos sociales, no existe una obra de una generación que se haya esforzado por rehacer la tradición nacional; en México sí. Es notable lo que sucedió cuando llegó el momento de reconocer públicamente la existencia de la Iglesia. En seguida, las universidades se sintieron libres de estudiar lo que recién antes era cosa prohibida. No hubo ley en tal sentido, pero la autocensura operó de tal forma que nadie, salvo los sacerdotes, estuvo estudiando la Iglesia. A partir de los años 1990, se nota que hay mucha, mucha gente estudiando la Iglesia y ello se puede hacer también en las Universidades.

*Eduardo Cavieres.* En medio de tantas construcciones culturales, de tantas elaboraciones intelectuales, y también de tantas presiones e imposiciones ideológicas y políticas, es importante el significado conceptual profundo de esta llamada autocensura. Buscando las formas a través de las cuales opera, uno se encuentra finalmente reflexionando respecto a una de las grandes ausencias o metas nunca cumplidas en la Historia latinoamericana, como es el alcanzar una ciudadanía efectiva y operante. Sería largo tema de divagaciones caracterizar esta situación y buscar causantes o atenuantes. Lo que sí está claro es que en ello al menos hay dos elementos muy significativos: por un lado, los medios de comunicación con que se van generalizando ciertas ideas y comportamientos y, por otro lado, los sistemas de educación. En el caso mexicano, el proceso de educación cada vez más amplio y por otro lado el progresivo aumento y la mayor variedad de medios de comunicación, crean también sus propios efectos. Si miramos hacia atrás, por ejemplo desde 1860 en adelante y a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, la educación y los medios de comunicación, entre los cuales se encuentra obviamente la propaganda oficial, pudieron haber estado concebidas desde posiciones liberales o desde positivistas científicos y revolucionarios a la búsqueda de comportamientos sociales que se ajustaran a su modos de pensar y ordenar esa sociedad, pero también ello puede ser observado desde el ángulo opuesto de haber servido como frenos al desarrollo de lo que hoy día se denomina la sociedad civil propiamente tal. Obviamente, educación y medios de comunicación son factores de formación y disciplinamiento, pero

hoy día son también parte de las globalizaciones y de los requerimientos económicos que reordenan los mapas geográficos de las sociedades. Pareciera ser que el problema no es la búsqueda de la sociedad civil, sino cómo ella puede sobrevivir en el día a día.

*David Brading:* Efectivamente, la televisión, por ejemplo, fue controlada por muchos años, durante décadas, por un personaje que estaba dedicado a fortalecer el régimen del PRI, pero ahora al menos hay dos grupos que compiten y que están más abiertos a la discusión y a contrastar imágenes. En este sentido, esta pequeña mayor amplitud corresponde a un gran cambio. La prensa también es mucho más variada que antes. Por su parte, la educación sigue siendo un problema de los llamados graves. El nivel de los maestros de las escuelas es bajo y en muchas partes del país ellos se encuentran en manos de los sindicatos. Puedo agregar, como un descubrimiento personal reciente, que México no tiene un sistema de pensiones, de modo que para cualquier empleado público su jubilación es de alrededor de un quince por ciento de su último salario; por ello, los maestros de escuela trabajan hasta que mueren y así la educación pública no progresa. Ello mismo incide en que cada vez hay más escuelas privadas y los padres deben realizar esfuerzos mayores para encontrar una buena educación para sus hijos. El sistema público, con excepciones, no rinde lo que debiera y a nivel superior ello se refleja en la UNAM que tiene trescientos cincuenta mil estudiantes, de los cuales sólo el diez por ciento logra obtener sus grados o títulos.

No obstante, existen en México institutos de educación donde sí se obtienen regularmente buenos logros, por ejemplo en las ciencias naturales, en la matemáticas. Se tiene el Tecnológico de Monterrey, con una forma de instrucción muy práctica y que es capaz de crear los cuadros directores de las grandes industrias. Tiene alrededor de treinta *campus* y más de cien mil estudiantes ampliamente distribuidos. Sin entrar en la masificación de la UNAM, ofrece una buena educación que no es otorgada por maestros catedráticos que han tenido investigación, sino por gente que sólo da buenos cursos y es eficiente. Tiene incluso una Business School de muy buen nivel.

En definitiva, el México de hoy reproduce mucho de las carencias del

pasado y desde ese punto de vista, el problema no es la formación de una ciudadanía sino la búsqueda de mejores condiciones de vida. México tiene una potente clase capitalista que hoy no depende mucho de la protección fiscal y, de hecho, el NAFTA ha logrado satisfacer las inquietudes de grandes corporaciones. No obstante, al mismo tiempo, la agricultura fue abandonada porque ya no tiene ninguna protección y las tierras mexicanas no pueden competir con las tierras del *midwest* americano, como las de Ohio, de Illinois u otras. Entonces quedan solamente determinados productos con algo de ventaja, frutas, algo de carne, después el pasto, pero, por ejemplo, el cultivo de maíz ya no es factible, quizás para el consumo de casa, pero no para el mercado (una verdadera ruptura con la Historia mexicana). Por ello es que hay tanta migración, pero los beneficios son poco claros. No se ha repetido el caso de España que con su ingreso a la Comunidad Europea ha recibido cantidades apreciables de capital para invertir en su infraestructura. Acá hubo toda una justificación del NAFTA en espera de la instalación de nuevas industrias, pero en definitiva no hubo transferencia de capitales. El resultado es que los pobres de México se van a los Estados Unidos y ese país, por medio de sus respectivos Estados debe pagar la educación de los hijos de la migración y otros pequeños beneficios sociales, una educación con otros contenidos y significaciones. Como se ha dicho, la exportación más grande de México es la mano de obra porque allí están también las sumisiones más grandes.

*Eduardo Cavieres.* Si resumimos esta conversación en la síntesis entre pasado y futuro, en la síntesis entre los ritmos de los cambios y la fuerza de las permanencias, en las síntesis de experiencias traumáticas y movimientos esperanzadores, en la síntesis entre los proyectos y las realidades, ¿por donde van las miradas de conjunto sobre América Latina?

*David Brading.* América Latina es un enigma. Siempre se está a la espera de que llegará a ser parte del mundo moderno, del mundo desarrollado, pero ello no se logra y, por el contrario, hay regiones en que más bien se notan retrasos. En la parte andina, especialmente en Perú, que es un caso que conozco más, en los años ochenta y en gran parte de los últimos noventa, hubo contracciones muy fuertes y ello produjo migraciones masivas.

Chile es otra historia, ha logrado mantenerse mejor gobernado y ha experimentado interesantes fases de crecimiento económico. Argentina es también un enigma. No se puede entender fácilmente cómo un pueblo que en los años veinte llegó a un nivel de vida similar al de muchos países de la Europa occidental, termine el siglo al nivel de los problemas en que se encuentra. Por otra parte, tenemos los ejemplos de Brasil y de México, en donde se observan crecimientos económicos lentos, pero seguros, y en donde se mantiene el desarrollo de sectores industriales importantes, como la producción brasilera automotriz y de aviones, con ventas internacionales. En razón de las privatizaciones y de convenios de cooperación, México tiene una serie de corporaciones que se ubican en el plano multinacional, pero aquí volvemos al problema de la educación. A nivel superior, la Autónoma es la única verdadera Universidad, un monstruo que tiene institutos excelentes y de otra parte falencias terribles en razón de que tienen demasiados estudiantes y no pueden educar tanta masa.

*Eduardo Cavieres:* En definitiva, como balance, ¿qué deja a un intelectual europeo una vida dedicada a los estudios de México? ¿Permite una comprensión mayor de la Historia como problema más que como ejercicio de una especialidad?

*David Brading:* Así lo creo. La Historia de México enseña tanto por razón de su extensión y de sus etapas, como por representar con sus grandezas y sus dramas una verdadera miniatura de la Historia (una miniatura que hay que entender correctamente, se trata de 100 millones de población en un país semejante en extensión a Inglaterra, Francia y España juntos). Allí se concentran espacios y etapas culturales, permitiendo comprender mucho acerca de los desarrollos humanos y también de las dificultades de los largos plazos. En términos de la aculturación, como una extensa experiencia, con conflictos entre la búsqueda de cambiar los comportamientos de las personas y las permanencias a que sus actitudes dan lugar, en un libro publicado en 1740, encontré un ejemplo magnífico de un cura de indios tratando de explicar los problemas de su ministerio y uno de ellos fue que en los pueblos indígenas, siempre que una joven pareja quiso contraer matrimonio, la práctica era juntarles en la casa de la novia para que allí el

futuro esposo trabajara por seis meses. Pasó generalmente que cuando llegaba el momento de casarse, ya la novia estaba embarazada. Era parte del funcionamiento del sistema social saber que efectivamente la novia estaba capacitada para tener hijos, porque de otra manera la pareja no podía subsistir como tal. No obstante, para los sacerdotes el problema era diferente porque al confesarles, los hombres no tenían dificultades en señalar que eran pecadores y que se arrepentían, pero las mujeres negaban que hubiesen tenido relaciones y se declaraban vírgenes. Para los sacerdotes éste era un gran conflicto porque no podían absolver un pecado no reconocido y declarado y menos aún administrar el sacramento del matrimonio conociendo de las faltas anteriores al mismo. La situación se fue resolviendo teniendo dos sacerdotes, uno para la confesión y otro para el matrimonio. Lo que se demuestra allí es la permanencia de la costumbre que todavía en el siglo XVIII no lograba ser cambiada. También en mis trabajos sobre la guadalupana se nota que temas que son universales, como el culto de la virgen María tienen desarrollos y aplicaciones totalmente distintos en estas tierras. De otra parte, si vamos a la etapa republicana de México, la dificultad inmensa de crear un Estado, los estímulos de la intervención extranjera que provoca resistencias, el surgimiento de lealtades y de un ejército como de instrumento de orden público, etc., son igualmente problemas que están lejos de ser sólo expresiones de una sociedad en particular. Definitivamente, en la historia de México es posible pensar y comprender la Historia.

*Eduardo Cavieres*: Vida e historia..., un gran ejercicio.

Storey's way, Cambridge, mayo de 2004.